

Una casa, una sonrisa. (Compartiendo la vida con una niña de Chernobyl)

Autora:

M. Uzelaieta Mateo

Todavía recuerdo como si fuera hoy, aunque ya han pasado nueve años, la primera vez que fuimos a recibir a los niños bielorrusos afectados por la radiación nuclear del accidente de Chernobyl. Era finales de junio y unas cien familias esperábamos impacientes a que aparecieran los autobuses que habían hecho un viaje de tres días para trasladar a los niños a Vitoria, nuestra ciudad.

¡Ya están aquí!, gritó alguien y todos nos giramos ansiosos hacia la entrada del estacionamiento. Las familias que repetían acogida querían ver la cara de sus niños y niñas, pero para nosotros, los del autobús número uno, era la primera experiencia y lo único que sabíamos, en nuestro caso, era que nuestra niña se llamaba Olga y que tenía siete años.

Mientras aparcaba el autobús observábamos las caras asustadas de los niños pegadas a los cristales, mirándonos y tratando de imaginar cuáles de nosotros seríamos su familia de acogida durante aquel verano.

En ese momento no pude reprimir unas lágrimas y miré a mi hija mayor, quien también lloraba. Eran lágrimas de alegría, de nerviosismo y de tristeza por ver las condiciones en que muchos de los niños y niñas estaban saliendo de aquel autobús. Venían cansados, sus caras estaban pálidas y tristes, algunos tenían heridas de desnutrición en la boca, sus ropas, si es que las traían, estaban muy viejas y parecían pertenecer a sus padres y, por lo general, todos estaban muy delgados. Pero si algo se grabó en mi memoria fueron aquellos ojos enormes y azules que tienen muchos bielorrusos.

Cuando dijeron mi nombre el corazón me dio un vuelco. Me acerqué a la escalerilla del autobús y cogí a Olga en brazos, le sonreí, mis hijas y mi marido hicieron lo mismo y desde ese día ella entró a formar parte de nuestras vidas.

Después de sólo un mes de estancia en nuestra casa casi nos hacíamos entender y ella, milagro-

samente, nos intentaba decir alguna cosa en español. Estaba feliz, más guapa, había engordado un poco y volvía a su casa con la salud mejorada y con muchas experiencias que contar a sus padres y hermanos.

Además las familias no quieren que los niños vuelvan a sus casas a pasar penurias y, en muchos casos, las ayudas continúan durante el año con el envío de comida, regalos y algo de dinero para pasar el invierno, para comprar ropa o para ayudarles a pagar los estudios.

Cuanto más tratas a estos niños y niñas más quieres saber de su vida y te implicas cada vez más, hasta que un día decides que sería muy interesante ir allí a ver la realidad de su país con tus propios ojos.

Así lo hice yo. Al año siguiente me apunté con los responsables de la Parroquia de la Sagrada Familia para ir a ayudar en el cuidado de los niños durante el viaje de Minsk a Vitoria y aproveché la ocasión para ir a Struha, la aldea de Olga y conocer a su familia. Allí conocí a Dimitri, el hijo mayor y a Yanna, la pequeña de dos años. También conocí a Valentina y a Serguey, sus padres. Dormí en su "jata", la casa de madera, en la que vivían y lloré al dejarles el día de mi vuelta a España pensando ¡qué difícil debía de ser vivir en esa casa sin agua corriente y teniendo que utilizar una letrina en el patio durante los meses de invierno a quince grados bajo cero! Y lloré por las diferencias entre seres humanos, por el cariño que me demostraron y porque me dieron hasta lo que no tenían. Sentí tristeza durante un tiempo después, pero comprendí mejor que la labor de nuestra Parroquia era muy importante.

No se trata de dar datos que todo el mundo conoce respecto al accidente nuclear más grave de la historia que sucedió en Chernobyl y cuyas consecuencias sufrirán durante cientos de años las poblaciones de Ucrania, Rusia y Bielorrusia.

No voy a ser yo quien explique las múltiples deformaciones en los niños nacidos después del

accidente, ni la falta de atención médica y el aumento de la mortalidad en la población así como el ingente número de casos de cáncer que se están dando todavía hoy. Hay que tener en cuenta que sus campos están contaminados, no sólo por la radiactividad sino por el plomo que echaron para apagar el reactor nuclear y que la gente que vivía allí tuvo que abandonar sus casas y años después muchos han vuelto porque no tienen otra casa donde vivir y cultivan esas tierras contaminadas para poder sobrevivir.

Hace dos años tuve la oportunidad de volver a viajar a Bielorrusia en un viaje organizado por la Parroquia para que las familias acogedoras conocieran mejor la realidad de este país. En esta ocasión me acompañó mi hija pequeña y he de reconocer que ha sido uno de los viajes más emotivos que he hecho en mi vida. He visto a mi hija crecer, emocionarse, comprender por fin por qué vino Olga, ser más generosa y mejor persona de lo que ya era y eso ha compensado el cansancio de tantas horas de viaje.

No quiero dar la impresión de que todo es maravilloso y estupendo, también surgen problemas durante la estancia de los niños ya que ellos vie-

nen de entornos socialmente muy degradados y de familias muy necesitadas y desestructuradas. Pero por esa razón vienen, para obtener nuestra ayuda y entre todos intentamos solucionar los inconvenientes que van surgiendo, contando con el apoyo de los profesores voluntarios bielorrusos que acompañan a los niños durante su estancia y que son, en muchos casos, nuestros amigos.

Por último, quiero decir que ahora entiendo el lema que se ha elegido para difundir nuestro programa, UNA CASA, UNA SONRISA . La sonrisa que nos dedican nuestros niños cuando vuelven cada verano a Vitoria, a nuestra familia, a disfrutar de nuestras piscinas, de nuestra bonita ciudad y de la gente maravillosa que dedica un mes de su vida al año a compartir un poquito de su suerte con unos niños que serán el futuro de un país que ha sufrido y aún sufrirá mucho, pero que se merece una pequeña llama de esperanza.

Olga, Liena, Boba, Ella, Dimitri, Serguey, Larisa, Svetlana, Yura, Valentina, Sasha, Alexei, Katy, Vika, Tasha y tantos otros que vendrán: os esperamos de nuevo este año. No tardéis.